

El Esfuerzo de Vivir Ocioso

Carlos Mellizo, Universidad de Wyoming, Wyoming, USA

Resumen: Ortega se pregunta qué hacer van a ocupar la vida del ser humano con el ahorro de esfuerzo que la técnica procura. El hombre es un animal cuyo deseo de vivir es un deseo de vivir bien. Sólo se comporta como ser humano cuando, librado de sus necesidades estrictamente biológicas, se crea con su propio esfuerzo un programa de vida que pueda procurarle bienestar. No se trata de no hacer nada; el ocio, es un modo de vida inferior al de otras opciones vitales plenamente creativas. Thorstein Veblen, el gran filósofo del ocio, nos ofrece una teoría a de la ociosidad que, paradójicamente, coincide con la idea de Ortega de que una vida sin ocupaciones no sería propiamente humana. Veblen nos muestra cómo el ocio puede ser en sí mismo una forma de actividad, sobremanera absorbente para muchos. Para la nueva clase ociosa, producto privilegiado de la Revolución Industrial, y heredera de la clase bárbara de otro tiempo, sus actos han de resultar ostensivamente improductivos, "honorables", clara prueba de que son innecesarios para la subsistencia, pero imprescindibles para certificar un vivir ocioso. Ambos autores conciden en que la creación de bienes superfluo es el fundamento del vivir humano, hecho que Veblen expresa en su mayor radicalidad al aplicarlo a las peculiares necesidades de la llamada "clase ociosa".

Palabras Clave: Clase Ociosa, Técnica, Tecnología

Abstract: Ortega asks himself which activities man is going to perform with all the energies he has managed to save thanks to modern technology. Human beings are animals whose desire to live happens to be a desire to live well. A man only behaves as such when, after making sure his basic, strictly biological necessities have been satisfied he creates with his own efforts a program of life that can afford him comfort. Living comfortably is not a matter of doing nothing; just pure leisure is a way of life inferior to other fully creative options of living. Thorstein Veblen, the great philosopher of leisure, presents us with a theory that, paradoxically enough, coincides with Ortega's idea that a life without occupations would not be truly human. He shows us how leisure can be in itself a sort of activity, very absorbing for many. For the new leisure class --a privileged product of the Industrial Revolution and a direct descendent of the old barbaric class--, its actions must be ostensibly unproductive, "honorable", a clear proof that they are not necessary for daily subsistence, but required as a proof of leisure. Both authors coincide in saying that the creation of superfluous goods is the foundation of human living --a fact that Veblen expresses most radically when he applies it to the peculiar necessities of the so-called "leisure class".

Keywords: Leisure Class, Technology

UNA DE LAS graves preguntas que se hace Ortega en el ensayo sobre el que reflexionamos en estos días es la de qué resultados va a tener en el comportamiento humano el ahorro de esfuerzo que la técnica procura. Admitido que ésta es, antes que cualquier otra cosa, “el esfuerzo para ahorrar esfuerzo”, es decir, lo que hacemos para evitar en lo posible los quehaceres que la circunstancia nos impone, ¿adónde irá a parar ese esfuerzo ahorrado que queda vacante? Con palabras del propio Ortega: “Si con el hacer



técnico el hombre queda exento de los quehaceres impuestos por la naturaleza, ¿qué es lo que va a hacer, qué quehaceres van a ocupar su vida? *Porque no hacer nada es vaciar la vida, es no vivir; es incompatible con el hombre*¹.

En el ámbito económico, Ortega recoge la preocupación de Keynes, quien se preguntaba por el modo que tendría el obrero de emplear su tiempo libre, una vez que pudiera realizar en una o dos horas el trabajo al que antes dedicaba la jornada completa. Pero Ortega nos lleva en su meditación a regiones que están más allá de la economía y que nos revelan, según él nos dice, el raro misterio del ser mismo del hombre: es un animal en cuanto que se ve forzado a existir en la naturaleza; hablando zoológicamente, *vida* signific todo aquello que tenemos que hacer para sostenernos en la naturaleza. Mas ocurre que “el hombre se las arregla para reducir al *minimum* esa vida, para no tener que hacer lo que tiene que hacer el animal. En el hueco que la superación de su vida animal deja, vaca el hombre a una serie de quehaceres no biológicos que no le son impuestos por la naturaleza, que él se inventa a sí mismo. Y precisamente a esa vida inventada, inventada como se inventa una novela o una obra de teatro, es lo que el hombre llama vida humana, bienestar”².

Son varios los párrafos del texto que insisten en lo mismo y que sirven para subrayar una idea orteguiana expresada en otros escritos suyos. Es la idea de la vida como actividad, como participio de presente, como un progresivo *faciendum* que sólo llega a su fin cuando la vida deja de ser vida. Uno de los puntos que se resaltan especialmente en *Meditación de la técnica* es el carácter contradictorio de una existencia humana que estuviera dedicada a “no hacer nada”, siendo esta opción un modo de aniquilar nuestro ser más verdadero. Ortega da a entender que el ser humano sólo se comporta como tal cuando, liberado ya de sus necesidades estrictamente biológicas, se convierte en inventor de sus propias acciones y crea libremente, mediante su esfuerzo personal, el programa de su vida. De tal manera, que ésta es, en su dimensión más específica “una obra de imaginación”, siendo el hombre “un novelista de sí mismo que forja la figura fantástica de un personaje con su tipo irreal de ocupaciones y que para conseguir realizarlo hace todo lo que hace, es decir, es técnico”³.

Cabe suponer que, aceptadas las premisas orteguianas, las posibilidades de invención serían prácticamente infinitas y que habría tantos modos de ser humano cuantas modalidades de invención fueran imaginables. Todo, menos caer en el antivital vacío de no hacer nada.

Es obvio que la significación estricta de términos como “vida”, “invención”, “nada”, etcétera, no podría aplicarse en toda su radicalidad cuando Ortega los utiliza en su ensayo. Hay en ellos un componente metafórico de mayor o menor calibre, según los casos, que es preciso tener en cuenta. De hecho, las virtudes literarias de la prosa orteguiana chocan a veces con las exigencias de rigor lingüístico que cabría esperar cuando de ciertas cuestiones se trata, siendo ésta una de ellas. La palabra “nada”, por ejemplo, no puede emplearse con su significación literal de “carencia absoluta de todo ser” cuando hablamos de lo que hace tal o cual persona, y sólo puede querer decir que esta persona no se dedica a quehaceres de sustancia, o que hace muy poco, o que sus hábitos son los característicos de un individuo perezoso. En cualquier caso, lo que yo entiendo es que el parecer orteguiano tiende a excluir de lo humanamente vital toda actitud de entrega al *dolce far niente*, a la vagancia como manera de existir. Es como si el ocio fuese considerado, si no totalmente contrario a las exigencias del vivir, sí de inferior categoría en la escala de opciones humanas plenamente creativas; y que el individuo ocioso estaría traicionando en gran medida su destino de inventor o novelista al conformarse con tan poco.

¹ Cito por la edición de Espasa Calpe, *Meditación de la técnica*, Colección Austral, 1965, p. 35 (Subrayados míos).

² *Ibid.*, p. 36.

³ *Ibid.*, p. 37.

A fine del siglo XIX y comienzos del XX, Thorstein Veblen, el gran teórico del ocio, vio, como después Ortega, el lado oscuro de la prosperidad y de las nuevas realidades sociales propiciadas por la revolución industrial. Para el lector de hoy, sus reflexiones sobre la vida ociosa, sobre ese enorme hueco que en el vivir de ciertas clases quedó abierto al disminuir sus obligaciones laborales, adquieren hoy renovado interés. No se trata de un interés meramente anecdótico, sino sustancial para un mejor entendimiento de las consecuencias del progreso. En cierto modo, la *Teoría de la clase ociosa*, de Veblen, es también una meditación de la técnica que se fijó especialmente en los resultados “institucionales” a los que, en su época, dio lugar el éxito de las nuevas formas de producción. En el lenguaje institucional, el sujeto de los cambios es un grupo o institución, identificable por un conjunto de hábitos y tradiciones determinantes de su conducta gremial. Así entendida, la institución fija sus propias normas de comportamiento, fundamentadas, no en criterios alcanzados por un proceso racional, sino en el hábito: una forma de actuación no-reflexiva y autónoma, que se convierte en el impulso de las acciones.

Lo que Veblen nos ofrece es una teoría de la ociosidad que, paradójicamente, coincide con la idea orteguiana de que una vida sin quehacer no sería vida. Dicho de otra manera: Veblen no concibe, como tampoco Ortega, que el hombre pueda vivir sin hacer nada; y lo que hace en sus reflexiones sobre el ocio es mostrarnos cómo este ocio puede ser en sí mismo una forma de actividad, absorbente para muchos.

Antes de entrar brevemente en algunas de las notas que Veblen asigna al vivir ocioso, me interesa subrayar el carácter de *hábito* que posee la actuación de todas las instituciones, incluida la clase o institución ociosa. La noción de comportamiento habitual tiene sus raíces en Hume, para quien, como es sabido, la *costumbre* es “la gran guía de la naturaleza humana”. Costumbre e imaginación son los factores determinantes de nuestras *creencias*, y son las creencias las que, a su vez, determinan el curso de nuestros actos. Puede, pues, decirse, que una institución es un conjunto de creencias, y que las acciones que de ellas resultan son los que dan lugar a la norma por la que una institución se rige. Pienso que no se ha estudiado con la amplitud deseable la relación que existe entre Ortega y Hume en lo que se refiere a la importancia que ambos atribuyen a las creencias como parte integral de nuestro ser. Y aunque no tengo ahora tiempo para detenerme en ello, quisiera recordar aquí que, para Ortega (y también para Hume), “las creencias constituyen el continente de nuestra vida (...), y cabe decir que no son ideas que tenemos, sino ideas que somos. Más aún: precisamente porque son creencias radicalísimas se confunden en nosotros con la realidad misma—son nuestro mundo y nuestro ser—, pierden, por tanto, el carácter de ideas, de pensamientos nuestros que podían muy bien no habérsenos ocurrido”⁴.

Volviendo a Veblen, hay en su libro una introducción histórica en la que se investigan los orígenes remotos del ocio como institución, producto de una “cultura depredadora” propia de las sociedades de régimen feudal. En ellas, el representante típico de la clase ociosa—la cual se distingue de la clase trabajadora por estar libre de ocupaciones laborales—es el caballero dedicado a la guerra, a la política, al juego y al rezo. La aventura, la intriga, la hazaña en la batalla y el fervor religioso integran su vida. Si se afana en la caza, esta actividad no es por él considerada como un modo de trabajo productivo, sino como mero deporte o pasatiempo. Son los miembros de la clase trabajadora, no los señores, quienes se encargan de desempeñar labores productivas, siempre onerosas en mayor o menor medida. Así, la distinción entre ambos tipos de ocupaciones es, señala Veblen, una distinción de desigualdad “odiosa” que

⁴ “Ideas y creencias”, en *Obras Completas* de José Ortega y Gasset, Vol. V, p. 384. Sobre esto puede verse mi artículo “Creencia orteguiana y *belief* humeana” en *Los Ensayistas*, Núms. 6-7, University of Georgia, Athens, Georgia, 1979.

sirve para separar las ocupaciones dignas, honorífica y nobles (de las cuales las mujeres están normalmente excluidas), de otras que implican sumisión, y son, por consiguiente, indignas, denigrantes e innobles.

Ya en la época feudal, “el trabajo es el esfuerzo que se dedica a crear, a partir de la materia pasiva (...), una cosa nueva a la cual se le da una nueva finalidad gracias a la mano modeladora del artífice”⁵. Dentro del grupo de varones fuertes, de caballeros físicamente aptos para la guerra y la caza, no se concibe la dedicación a este humillante trabajo productivo, el cual se deja en manos de mujeres y de hombres mal dotados para la lucha o la caza. El surgir de aquella primera clase ociosa estuvo vinculado, como lo está en la época moderna, al hecho de la propiedad. El lenguaje utilizado por Veblen para describir tan brutal situación no puede ser más directo e implacable.

La agresiva seguridad del caballero fuerte y ocioso difiere claramente de la asidua y rutinaria labor de transformar materiales mediante la aplicación de las técnicas del momento. Esta última tarea, como se ha dicho, es realizada por mujeres y por individuos inferiores de sexo masculino. Lo que hacen los varones fuertes no puede llamarse trabajo, labor productiva, sino más bien la adquisición de bienes por el procedimiento de atraparlos.

En una comunidad en la que se hace habitualmente esta comparación odiosa entre personas, el éxito *visible* se convierte en un fin deseable por su propia utilidad como base de estima. *No tener que trabajar* es la máxima señal de prestigio, y son los trofeos de caza o de guerra los logros más apreciados como prueba de fuerza y poder preeminentes. Según lo aceptado en esta etapa de la cultura—estamos todavía en la época feudal, aunque muchos de sus síntomas se aprecian también en tiempos más próximos—la agresión se convierte en la forma acreditada de acción, y el botín sirve de evidencia de una agresión triunfal:

“...la forma acreditada y digna de autoafirmación es el confrontamiento; y aquellos artículos o servicios que se obtienen mediante captura o por la fuerza sirven como prueba convencional de que se ha salido victorioso en la lucha. Por contraste, y como consecuencia de lo anterior, la obtención de bienes haciendo uso de otros métodos no se considera digna de un hombre que esté en pleno uso de sus facultades. Por la misma razón, la realización de un trabajo productivo o el empleo en un servicio personal caen bajo este mismo odio. De este modo, una distinción odiosa surge entre la hazaña y la adquisición por captura, de un lado, y la ocupación laboriosa, de otro. El trabajo adquiere un carácter irritante a causa de la indignidad que se le imputa” (43).

En la separación que Veblen establece entre el trabajo productivo, de un lado, y la hazaña y adquisición por captura, de otro, no se implica que el esfuerzo requerido para la realización de aquél sea necesariamente mayor que el que es preciso emplear en ésta. De hecho, cabe la posibilidad de que el individuo exento de obligaciones laborales —es decir, el individuo ocioso—tenga que esforzarse en grado sumo para ejercer la agresión que es propia de su modo de vida y que le mantiene en una situación de privilegio. El “no hacer nada” del señor bárbaro consiste, ciertamente, en no emplearse en trabajos productivos, pero tampoco en permanecer con los brazos caídos. Su necesidad vital de hacer siempre algo no ha desaparecido. Lo único que ocurre es que ahora sus actos han de ser de carácter honorable, siendo aquí el adjetivo “honorable” sinónimo de “formidable” y “prepotente”. Un acto honorable viene a ser, a fin de cuentas, prácticamente lo mismo que un acto reconocido de acción victoriosa, con toda la violencia y brutalidad que acciones de este tipo requieren. En las tribus bárbaras, así como en culturas más avanzadas, los epítetos y títulos honoríficos suelen llevar el sello de este

⁵ *Teoría de la clase ociosa*, Madrid, Alianza Editorial, 2004, p. 39.

rudo sentido del honor, y son los que se usan para dirigirse a los caudillos y para ganarse la voluntad de reyes y dioses. Y añade Veblen: *Esto continúa siendo verdad en las comunidades más civilizadas de la época actual* (44)⁶. Con el inicio del siglo XX, los hábitos de aquella cultura bárbara y depredadora que sólo reconocía como honorable y digno el hábito de dominio triunfal y que despreciaba el trabajo productivo por ser ocupación envilecedora, reaparecen atávicamente en las sociedades más prósperas y supuestamente más civilizadas. La comparación *odiosa* que es establecida por la clase neobárbara no va dirigida a probar que se trabaja mejor que el vecino y con resultados más beneficioso y útiles, sino, más bien, que no se trabaja, en el sentido tradicional que las clases laboriosas habían dado al verbo *trabajar*.

El surgir de la moderna clase ociosa está vinculado, dice Veblen, al hecho de la propiedad. Si en la cultura bárbara la apropiación más estimada del varón dominante era su botín de mujeres y esclavos, la nueva cultura sigue una norma similar. La única diferencia notable es que la propiedad en la época moderna incluye una considerable variedad de bienes; no se trata únicamente de poseer personas, sino también cosas. De tal manera que la riqueza se convierte ahora en símbolo máximo de reputación honorable.

El contraste entre la clase ociosa y las mayorías industrialmente productivas está siempre presente en el pensamiento económico de Veblen, como también la subordinación que existe entre señores y siervos de la época moderna. Pero la *Teoría de la clase ociosa*, aparte de todo lo demás que pueda haber en ella, es, sobre todo, un inteligente ejercicio de economía política y de antropología filosófica sistemizador y original, que define como institución económica a un determinado grupo humano, producto de una compleja evolución histórica. Veblen asistió a la honda transformación técnica que, como antes había ocurrido en la Europa maquinista, empezó a tener lugar en los Estados Unidos hacia 1880, para definirse después más claramente en décadas posteriores. Igual que Ortega vio los países europeos desde su particular atalaya, Veblen fue testigo del cambio que hizo que su propio país pasara de una economía agraria y fundamentalmente artesanal, a una sociedad altamente urbanizada e industrializada. Es este esquema industrial y tecnológico el marco en el que tienen lugar las reflexiones de ambos.

Las consecuencias económicas que se deben a la técnica son aludidas por Ortega en su ensayo, aunque sólo tangencialmente. Es un hecho, sin embargo, que la revolución industrial trajo consigo resultados en el orden económico de la realidad social, y que otros efectos ocasionados por ella tienen su origen en la economía. Nos guste o no, las actitudes ante la vida, incluyendo las que pudieran parecer menos vinculadas a prosaicas circunstancias, tienen siempre una conexión con el mundo material. El propio Ortega lo vio así. Y aunque en el ensayo que estamos comentando se habla de Keynes como “persona aguda ciertamente, aunque sólo economista”, en ese mismo escrito nos recuerda Ortega la necesidad que tienen

⁶ No podemos detenernos más en la descripción que hace Veblen del antepasado del hombre ocioso actual, es decir, del caballero bárbaro, y de sus usos habituales. Pero no me resisto a incluir en esta nota un párrafo en el que se resume su estilo de vida y su sentido del honor, como algo totalmente opuesto a los que son propios del mundo del trabajo productivo:

“Según este sentir común que tienen los bárbaros acerca de la valía y el honor, el quitar la vida a otro (...) es honorable en el más alto grado. Y este excelso oficio de la matanza como expresión de la prepotencia del matarife, arroja sobre el acto de matar y sobre todos los instrumentos y accesorios necesarios para tal acto un encanto especial que les otorga valía. Las armas son honorables; y el usar de ellas, incluso cuando lo que se busca es la vida de las más modestas criaturas ocupación laboral del campo, se convierte en una ocupación honorífica. Simultánea y paralelamente, la va haciéndose odiosa, y según lo entiende el sentir común, el manejo de herramientas e instrumentos de trabajo se ve como inferior a la dignidad del hombre físicamente capaz. El trabajo se convierte en algo irritante” (pp. 44-45).

los filósofo de no perderse en el mundo de las ideas: “Conviene que el intelectual *maneje* las cosas, que esté cerca de ellas (nos dice). El llamado ‘espíritu’ es una potencia demasiado etérea que se pierde en el laberinto de sí misma, de sus propias infinita posibilidades. ¡Es demasiado fácil pensar! La mente en su vuelo apenas si encuentra resistencia. Por eso es tan importante para el intelectual palpar objetos materiales y aprender en su trato con ellos una disciplina de contención. Los cuerpos han sido maestro del espíritu, como el centauro Quirón fue el maestro de los griegos. Sin las cosas que se ven y se tocan, el presuntuoso espíritu no sería más que demencia. El cuerpo es el gendarme y pedagogo del espíritu”⁷.

Es la técnica la que ha producido—en los últimos cien años a ritmo mucho más acelerado que en cualquier período anterior de la historia—una holgura económica que a muchos les ha permitido disfrutar de tiempo, vivir bien. La acumulación de riqueza se convierte, así, en las sociedades modernas, en señal de reputación honorífica. Y el proceso económico adquiere entonces un carácter de lucha por la adquisición de bienes dirigidos a aumentar la buena reputación, el poder y el prestigio de la persona. Es ésta una de las consecuencias que se deben al extraordinario desarrollo de la técnica: no un vacío vital en la existencia humana, sino un *ocio activo*, si pudiéramos hablar así, dirigido a demostrar, primero, que no se tienen obligaciones laborales; y, segundo, que se han acumulado más posesiones y más poder que los prójimos, un poder que, en la gran mayoría de los casos, consiste en disfrutar de una mayor capacidad de consumo. El móvil que subyace en la raíz de la propiedad y del poder adquisitivo es la emulación. La competición no desaparece, sólo se transforma. En su filosofía del consumo, Veblen da a éste una amplitud significativ que va mucho más allá de la convencional. Puede concebirse, ciertamente, que ese consumo vaya dirigido a satisfacer las necesidades físicas del consumidor, pero también que se dirija a satisfacer necesidades “llamadas superiores”: espirituales, estéticas, intelectuales, etcétera. Sólo cuando se toma en este segundo sentido, “muy alejado de su significad más ingenuo, cuando puede decirse que el consumo de bienes procura el incentivo del que la acumulación de los mismos siempre procede” (51). En estas circunstancias —diríamos nosotros—, la función de la técnica no es tanto liberar al hombre y a la mujer de sus ocupaciones obligatorias, sino más bien proporcionarles modos de exhibir sus capacidades adquisitivas, incrementar con nuevas invenciones los rangos de lo superfluo para que así las nuevas generaciones opulentas puedan dar prueba de su fuerza, y, sobre todo, satisfacer de esta manera exigencias emocionales que en épocas anteriores hubiera sido imposible imaginar. Esa práctica llega a convertirse en hábito institucional, hasta el punto de que, con palabras de Veblen:

“Para la gran masa de gente en una comunidad moderna, la (...) razón para gastar por encima de lo necesario para la comodidad física no es tanto un esfuerzo consciente por destacar comprando cosas caras para consumirlas ostensiblemente, como un deseo de vivir de acuerdo con el nivel convencional de decoro en lo que respecta a la cantidad y calidad de bienes consumidos. Este deseo no está guiado por un criterio rígidamente invariable por el cual hay que conducirse y más allá del cual no hay incentivo que nos empuje. Este criterio es flexible y, en especial, puede extenderse indefinidamente siempre que se conceda tiempo para habituarse a un incremento en la capacidad pecuniaria” (120).

Veblen no alcanzó a vivir la era digital, como tampoco Ortega. Hubiera sido *fascinante* (como se dice en América) escuchar lo que uno y otro habrían tenido que decirnos ante tan singular fenómeno y sus consecuencias. Creo que no me equivoco si digo que los enormes

⁷ *Meditación de la técnica*, ed. cit. p. 91.

progresos en este campo han hecho posible un nuevo tipo de ocio en el que vitalmente se afanan millones de personas del mundo entero. La competición también encuentra su sitio en esta clase de actividad, no sólo en lo que tiene de útil y provechosa, sino en las múltiples oportunidades de entretenimiento que ofrece. La era digital reduce aún más el tiempo que ha de emplearse en labores productivas, y deja a sus usuarios un amplio margen de asueto. Este tiempo libre se utiliza ahora en juegos electrónicos de todo tipo (con frecuencia muy difíciles de aprender), en innecesarias y numerosas llamadas por el teléfono móvil, en exploraciones interminables por el universo virtual de Internet. De lo que se trata es de demostrar ostensiblemente que se poseen aparatos de compleja ingeniería, el último grito en su género. Es frecuente hoy día ver cómo compañeros y compañeras de trabajo hacen alarde de su situación ociosa y de su superioridad digital navegando por la Red, jugando electrónicamente a las cartas o haciendo jeroglífico y crucigramas, única o principalmente con el deseo de emular. Una diferencia de segundos en la rapidez de su ordenador puede ser síntoma seguro de prestigio y poderío, tal vez en igual medida que la calidad de su automóvil. Es ésta una línea de consumo que proporciona buen ejemplo de cómo poder dar prueba de ociosidad, de derroche ostensible y de reputación pecuniaria. Pero estamos ya hablando de un campo de la técnica actual que dejó libre a otros participantes de estas reuniones, sin duda mucho mejor preparados que yo para tratarlo.

Sí quisiera, antes de terminar, resumir muy brevemente algunas de las observaciones de Veblen sobre otra dirección del proceso vital típica de las clases liberadas por la técnica. También en ella rigen los principios que gobiernan el ocio activo, el derroche ostensible y la emulación social. Es una suerte de guerra de todos contra todos que parece no terminar nunca. Siquiera en un principio, Ortega estaría de acuerdo con Veblen en que el gasto y el esfuerzo dedicados al atavío se realizan con el propósito de adquirir una apariencia respetable, más que para la protección de la persona. Veblen afirma que, en mayor o menor grado, esto ocurre prácticamente en todas las clases sociales, con la única excepción de aquellas que no han logrado alcanzar mínimos niveles de subsistencia. Cuando del vestido se trata, la gente se priva de muchas necesidades de la vida con el fin de poder pagar la cantidad de consumo derrochador que se estima decorosa. Suele ocurrir, por ejemplo, que ante las inclemencias del tiempo, y contra lo que reza el dicho castellano del *“ande yo caliente y riase la gente”*, las personas no vayan suficientemente abrigadas con el fin de mostrarse bien vestidas. En una comunidad moderna, el valor comercial de los artículos de vestir está determinado—en mayor medida que otros artículos de consumo—por lo que la moda dicta y por la reputación de los fabricantes, más que por el servicio “mecánico” que prestan al individuo que los lleva. La necesidad del vestido no es, pues, de carácter material, sino más bien “espiritual”, y surge cuando otras necesidades más básicas y “materiales”, dirigidas a procurarnos un tradicional bienestar, han sido de sobra satisfechas. Dice así Veblen:

“Esta necesidad espiritual del vestido no es totalmente, ni siquiera principalmente, una ingenua propensión a hacer exhibiciones de gasto. La ley del derroche ostensible guía el consumo de prendas de vestir—así como de otras cosas—al configurar los cánones del gusto y el decoro. En la mayoría de los casos, el motivo consciente del portador de atavíos ostensiblemente costosos es la necesidad de ajustarse al uso establecido y de vivir con arreglo a los niveles acreditados de gasto y prestigio. No es sólo que deba guiarse por lo que se considera la vestimenta apropiada para evitarse la mortificación que resulta de los comentarios y observaciones desfavorables, aunque ese motivo cuenta ya mucho por sí mismo; es que, además, la exigencia del costo elevado está tan profundamente arraigada en nuestros hábitos mentales en materia de vestido, que cualquier

cosa que no sea un atavío caro nos resulta instintivamente odiosa. (...) Pero el vestido tiene posibilidades más útiles y de mucho mayor alcance que la mera prueba tosca (...) de derroche ostensible. (...) Nuestro vestido, para servir su propósito de manera más eficaz debe no sólo ser caro, sino que también debe demostrar claramente a todos los observadores que el usuario no está metido en ningún tipo de trabajo productivo. (...) Un examen detallado de lo que según el sentir popular se estima como apariencia elegante demostrará que tiende a dar en todo momento la impresión de que el usuario no se dedica habitualmente a realizar un esfuerzo útil. (...) La ropa elegante sirve su propósito de elegancia no sólo por ser cara, sino también porque es la insignia del ocio” (180-181).

Esto, por lo que se refiere al atuendo de los varones. En lo que atañe al de las mujeres, las posibilidades especiales de que dispone la mujer ociosa para demostrar que está exenta de ocupaciones útiles, son señaladas por Veblen con intención crítica que, aunque no siempre es justa, para la mayoría de los lectores y lectoras de hoy resulta, cuando menos, divertida. El atuendo femenino, nos dice, no sólo va más allá que el del varón moderno en lo que se refiere al grado en que da prueba de su exención de trabajo, sino que añade un rasgo peculiar y característico:

“Esa característica se encuentra en la clase de artefactos de que el corsé es ejemplo típico. El corsé es sustancialmente, en teoría económica, una mutilación sufrida con el propósito de rebajar la vitalidad del sujeto y hacerle incapaz para el trabajo de modo permanente y obvio. Es cierto que el corsé perjudica los atractivos personales de su portadora, pero la pérdida que se sufre por ese lado se compensa con lo que se gana en prestigio por el hecho de haber aumentado su gasto y su deformación” (182).

Mas ese mundo vebleniano de inutilidad y ostentación ha cambiado ahora en muchas cosas. Y parece que aquellas exigencias de reputación pecuniaria y de vivir ocioso, sin haber desaparecido por completo, están siendo ahora sustituidas por otro estilo de vida, también producto de los progresos de la técnica, en el que todo se supedita al ejercicio del poder. Como en tiempos de Veblen y en tiempos de Ortega, se trata, desde luego, de no trabajar en ocupaciones industriales, onerosas y productivas. Pero aquel ocio de antaño se ha visto poco a poco desplazado por demostraciones de una *actividad ociosa*, propia de las personas en posiciones de mando. Siguiendo el espíritu del pensar vebleiano, podríamos decir que la única ocupación excusable es la de mandar (en el mundo postindustrial, los puestos de mando han proliferado de manera extraordinaria), y que el único esfuerzo realmente excusable es el implicado en todo intento por dominar a los prójimos. Ocupaciones propias de este tipo de *ociosidad* serían, por ejemplo, el viaje de negocios, la tertulia de ejecutivos, las reuniones empresariales, los almuerzos de gente importante, cosas así. No hace mucho, el rector de una universidad norteamericana, poderoso en el mundo académico bajo su control, lector de Veblen en su juventud, me hacía ver cómo éste no había sabido detectar nuevas modalidades de trabajo mucho más prestigiosas que aquellas demostraciones de ocio ostensible y poder pecuniario expuestas en la *Teoría de la clase ociosa*. Este hombre, en medio de su ignorancia para muchas cosas, había dado en lo cierto. En lo esencial tenía razón. Y pensando ahora sobre el asunto, se me ocurre aventurar que para este nuevo tipo de ociosidad laboriosa quizá hasta exista ya un tipo especial de vestimenta, tanto para hombres como para mujeres, sobradamente conocido de diseñadores y modistos de nuestra hora.

Sobre el Autor

Carlos Mellizo

Carlos Mellizo es Profesor Emérito Distinguido de la Universidad de Wyoming, Estados Unidos, donde también ha ejercido la enseñanza de la Literatura Española desde 1968. Ha colaborado en la "Revista de Occidente" y en las principales publicaciones periódicas del Mundo Hispánico. Sus trabajos de investigación se han centrado en la filosofía española del Renacimiento, en el ensayo peninsular contemporáneo y en el utilitarismo británico. Ha publicado estudios monográficos sobre David Hume y el tudense Francisco Sánchez, y ha traducido al castellano, en ediciones críticas para Alianza, Tecnos y otras casas editoriales españolas, obras de Hobbes, Locke, Berkeley, Hume, Mill, Burke y Veblen. Reside actualmente en la ciudad de Laramie.